



## “Un esfuerzo familiar que dio sus frutos”



Eduardo Bustamante Vilches tiene 56 años y se dedica a la producción de cerezas en Pichingal, provincia de Curicó, VII Región del Maule. Desde muy joven estuvo ligado al sector agropecuario chileno, porque trabajó durante 25 años para una empresa privada, primero en el área de ganadería –es técnico en inseminación artificial– y luego como administrador de 230 hectáreas de distintas especies de frutales y vid. En 2008 se retiró de su empleo en relación de dependencia para dedicarse plenamente a su propia explotación y, en menor medida, a la apicultura.

Con voz tranquila cuenta que su historia como pequeño fruticultor comienza entre 1999 y 2000, cuando logró adquirir 2,7 hectáreas con los ahorros de toda la familia, con la intención de plantar cerezos. “Elegí los cerezos porque se decía que eran fáciles de manejar y, como se cosechan en diciembre, tenía enero y febrero para irnos con mi esposa de vacaciones (sonríe). Era el sueño del pibe”.

Así fue como salió a la búsqueda de “algunas variedades de moda” como Lapins, Bing y Kordia. “No tenía más que para comprar alrededor de dos mil árboles, por lo que decidí plantar a una distancia de  $4,5 \times 2,7$ , ya que me cabían 823 plantas. Hasta ahí me alcanzaba la plata”. Desde el primer momento sus dos hijos se dedicaron a manejar el predio como empleados, mientras él mantenía su trabajo en el sector privado.

“Al tercer año generamos 230 kilos y empezamos a buscar cómo venderlos”, relata. Para ello se dirigieron a la exportadora UNIFRUTTI TRADERS, que se mostró interesada, y desde ese momento hasta hoy entregan sus variedades a esa empresa. “Los chiquillos hicieron la primera cosecha y se reían de que la producción era muy poca para llevarla tan lejos, a 100 kilómetros de distancia de ida y vuelta, pero cuando llegó el pago en abril, era harta plata lo que habían conseguido: más de mil pesos el kilo, es decir, un monto superior a dos dólares”. De este modo, los años siguientes fueron aumentando los volúmenes de producción y con las ganancias pudieron adquirir su propio tractor y pulverizadora. En 2007, gracias a una buena cosecha compraron alrededor de 5 hectáreas más, a 6 kilómetros de Pichingal, en las que decidieron copiar el modelo. Hoy están vendiendo entre 20 y 30 mil kilos de fruta.

Eduardo Bustamante Vilches  
PRODUCTOR CHILENO

La receta que siempre funcionó para la familia fue no endeudarse y reinvertir lo ganado en su parcela, al tiempo que “a pura economía y esfuerzo familiar” vivieron del sueldo de la señora de Bustamante, quien es maestra rural, y de lo que recaudó Don Eduardo hasta su retiro. “*Todos los años llegaba mi liquidación y apartaba la plata que necesitaba para seguir trabajando*”.

Nunca pidieron un crédito, por un lado debido a la dificultad de acceder a préstamos en su país y, por otro, porque “*no me gusta trabajar para los bancos*”, dice. Al momento de tomar decisiones sobre la marcha de su negocio, la familia se reúne a conversar, “*y ahí mi esposa es la jefa, por haber sido el principal sostén de todo esto*”.

“*Ese ha sido mi caso*”, cuenta. “*Yo siempre digo que partí de la nada. Hoy -asegura con orgullo- siento la satisfacción de ser un productor exitoso para mi porte y mis condiciones*”. En cuanto al futuro, su plan es mantenerse, pero no proyecta crecer más de lo que tiene.

### Miradas sobre la actividad y la vida misma

“*Lo que noto en común entre todos los productores que he conocido son los mismos problemas y exigencias en diferentes escalas, y creo que a veces el árbol no nos deja ver el bosque*”, dice Don Eduardo. “*Para nosotros fue un golpe tremendo tener que hacer modificaciones en cuanto a requisitos nuevos sobre recursos humanos, agroquímicos, respeto al medioambiente, y pagar la certificación al mismo nivel que agricultores de 30 hectáreas... Pero nos ordenamos, porque es la forma de seguir en el mercado. Si queremos estar, tenemos que hacerlo*”, afirma. Con optimismo, en toda su charla resalta la necesidad de ver los aspectos positivos de la actividad por sobre las dificultades que surjan.

Otro de los temas sobre los que hace eje es el fenómeno de migración del campo a la ciudad. Por un lado, su opinión es que el Estado debe brindar más estímulos para que la gente se quede en el campo. De todas maneras, no pierde de vista la necesidad de que los jóvenes gocen de un buen porvenir y de libertad para elegir su futuro. “*Uno no tiene que ser egoísta con sus hijos y les tiene que dar lo mejor para que progresen*”, afirma. Pese a que el sistema educativo en Chile es muy oneroso, él y su señora pudieron pagar la Universidad para sus dos varones.

### Apoyo estatal a pequeños productores

En 2011, Don Eduardo ganó un concurso de riego tecnificado por el cual el Estado le aporta una parte de capital para la obra (6 millones de pesos chilenos, equivalentes a 14.200 dólares estadounidenses), y otro porcentaje queda a su cargo.

Actualmente, dice, “el Estado se está manifestando de la mejor forma a través del INDAP (Instituto de Desarrollo Agropecuario, similar al INTA), porque por intermedio de un sistema de alianzas se dan incentivos para manejo, riego y certificación, y últimamente se amplió la asistencia técnica a más productores que antes, siempre que reúnan una serie de requisitos referidos a superficie de explotación (no más de doce hectáreas) y estar al día con impuestos y otras obligaciones.

“*Ahora ellos son ingenieros y están felizmente trabajando. Eso ha sido un esfuerzo de uno como agricultor con esa iniciativa, con ese mirar la vida*”.

A esta altura de la charla cabe preguntarse qué representa para Don Eduardo el hecho de ser productor, desde su mirada personal sobre la cotidianeidad. Aunque confiesa entre risas que el “*sueño del pibe*” de contar con más vacaciones no se cumplió, es muy claro a la hora de valorar lo que le deja la actividad, y va más allá de lo económico porque sitúa a los afectos en un lugar privilegiado de la balanza.

“*Ser fruticultor me ha permitido participar en los acontecimientos de mi familia como papá y abuelo (su último nieto nació el 3 de mayo), y esas son licencias que me da la agricultura para sentirme orgulloso como persona. Me gusta lo que hago; me gusta crearme lo que soy. No tengo de qué quejarme porque nos ha ido muy bien, sin grandes cosas. El haber podido educar a los hijos, esa es la berencia más grande que les puedo dejar. Yo, feliz de la vida. Me acuesto tranquilo (esperando que no llueva, para que no se estropeen las cerezas, bromea). Feliz de ser chileno, de ser lo que soy hoy día*”. •